

EL SILENCIO, LA DICHA



selección de escritos de

Thomas Merton

Christopher Wait
(Editor)



Desclée De Brouwer

CHRISTOPHER WAIT
(Editor)

EL SILENCIO, LA DICHA
SELECCIÓN DE ESCRITOS DE THOMAS MERTON



DESCLÉE DE BROUWER
BILBAO - 2019

Edición original inglesa:

Silence, joy. A Selection of Writings by Thomas Merton

© 1946, 1947, 1948, 1965, 2018 by New Directions

© 1957, 1960, 1961, 1963, 1965, by The Abbey of Gethsemani

© 1977, 2012 by The Trustees of the Merton Legacy Trust

© 1949 by Our Lady of Gethsemani Monastery

Traducción española:

Francisco Campillo Ruiz

Revisada por Fernando Beltrán Llavador

y Francisco Rafael de Pascual, OCSO

© EDITORIAL DESCLÉE DE BROUWER, S.A., 2019

Henao, 6 - 48009 Bilbao

www.edesclée.com

info@edesclée.com



EditorialDesclee



@EdDesclee

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos – www.cedro.org), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Printed in Spain

ISBN: 978-84-330-3055-9

Depósito Legal: BI-794-2019

Impresión: Grafo, S.A. - Basauri

Espiritualidad en tiempos de cambio

La ola es el mar

Descárgalo gratis en edesclée.info con el código:

ESPIRITUALIDAD3055

ÍNDICE

PRÓLOGO A LA EDICIÓN ESPAÑOLA:	
“JUEGOS DE SOMBRAS Y PALABRAS... SIN TRUCOS”	9
<i>por Francisco R. de Pascual</i>	
SEMILLAS DE CONTEMPLACIÓN	17
EN SILENCIO	25
LA DICHA PERFECTA	27
DESTAZANDO UN BUEY	31
TODO CUANTO EXISTE ES SANTO	35
VILLANCICO	43
“NOTAS SOBRE MEDITACIÓN”	45
ALGUNOS DICHOS DE LOS PADRES DEL DESIERTO	47
CANCIÓN PARA NADIE	53
PARA MI HERMANO, DESAPARECIDO EN COMBATE EN 1943	55
LA BARCA VACÍA	57
LA IDENTIDAD DE LAS COSAS	59
EL TALLADOR DE MADERA	69
“CUANDO EN EL ALMA DEL DISCÍPULO SERENO”	71

“LA SOLEDAD...”	73
TRAPENSES TRABAJANDO	75
EL TIEMPO DEL FIN ES EL TIEMPO DEL NO ESPACIO.....	77
SALMO.....	87
LA DANZA GENERAL	89
ADVIENTO	93
SILENCIO.....	95
LA FLOR DEL FRUTO.....	97
OH DULCE ADORACIÓN IRRACIONAL.....	99

PRÓLOGO

Juegos de sombras y palabras... sin trucos

Las últimas palabras de Thomas Merton en la tierra, tras concluir en Bangkok la conferencia que se le había asignado, fueron: “Conviene ahora que yo desaparezca”. Bien por el modo de pronunciarlas, traducirlas o entenderlas, dichas palabras pueden resultar una despedida coloquial, un final protocolario de cierre de un discurso, una profecía inconsciente, una premonición inspirada desde el más allá...

¿Quién puede saberlo? Posiblemente nadie.

En los espectáculos de ilusionismo, quien los protagoniza ante la audiencia juega con muchos factores a su favor de los que el espectador no suele ser consciente. Uno de ellos es el deseo del público de descubrir el “truco” que hay tras las diferentes ilusiones, los cambios de objetos, las apariciones y desapariciones inexplicables... este “desvío de la atención” está muy bien administrado por los “magos”... Lo intrigante es que al final del número todos aplauden, pero nadie “da con el truco”... a no ser que sea revelado. Una vez esclarecido lo que subyace a la ilusión, la sorpresa y el disfrute del ejercicio de ilusionismo es aún mayor. Pero en tales espectáculos no cabe explicar los trucos. El espectador

aplaude y, sorprendido o decepcionado, se va y no suele volver a pensar en lo que ha visto. Se trataba únicamente de disfrutar un rato con algo sorprendente.

La selección de textos que el lector tendrá ocasión de disfrutar en este libro podría ser considerada, en cierto aspecto, como una sesión de juegos de ilusionismo; pero con una intencionalidad claramente diferente a la del artista de escenario frente al público. En sus escritos Thomas Merton no busca sorprender, deslumbrar, distraer, sino guiar al “espectador” hacia la explicación y el desvelamiento del juego que, en realidad, reside en el corazón del propio lector.

Aunque son muchos los autores que han elaborado una teoría acerca de los escritos polifacéticos de Merton en general, y de sus muchos poemas en particular, entendidos unos y otros como un reflejo proyectado en el corazón, la mente y el espíritu de este escritor y contemplativo contemporáneo, la realidad es que nos encontramos ante una “actitud teológica, un modo ingenioso de trabajar con el lenguaje y la visión global del mundo. El monje se sirve de la ocasión de la palabra escrita para sugerir creativamente, para hacer insinuaciones ambiguas, generosamente íntimas, con el objetivo de abrir y de crear espacios para el lector, de manera que el público se enfrente a lo desconocido, se abra al Misterio, a fin de soñar y verse transformado”.

Crear espacios, abrirnos al Misterio, soñar y vernos transformados: estas palabras captan y plasman el quién y el qué, lo que está en el centro mismo de la prosa y la poesía de Thomas Merton en todas sus formas.

Dado que dentro de su intención estaría el pasar del lenguaje que desconcierta y manipula, a una renovación del poder del lenguaje y la palabra, del *logos*, para respirar significados nuevos y creativos, el corazón de Merton late en todos sus textos y hace que el corazón del lector capte ese mismo ritmo y se acomode a él, se acompañe y armonice con el pulso de la vida trascendente. Para Merton, lo más importante era la experiencia vivenciada, la iluminación, el esclarecimiento de verdad y de vida que cada texto contiene en sí y que él quiere transmitir sin trucos y sin sombras, sin ejercicios de ilusionista entretenedor y evasivo.

Un verdadero acercamiento del lector a cada consideración de los textos que va a leer, le moverá a mirar en dirección tanto al mundo de quien los escribió como a las palabras que se escribieron para la verdad, la espiritualidad y la teología que revelan.

Poco a poco Merton “va desapareciendo” y el lector se encontrará con la realidad potencialmente vivificadora y viva que sugiere el texto.

Prácticamente ninguno de los extractos de la selección es inédito (el libro se compone principalmente de algunos capítulos de “Nuevas semillas de contemplación”; varias reflexiones y poemas extraídos de “El camino de Chuang Tzu”; un capítulo de “Incursiones en lo indecible”, que versa oportunamente sobre la clarificación esperanzadora de los signos del fin de los tiempos y la convergencia de “La gran alegría” y “La gran tribulación”; junto con varios poemas procedentes de distintas épocas); antes bien, existen desde hace

tiempo y actualmente varias versiones disponibles, cada una de ellas con sus rasgos singulares y la impronta específica de sus traductores respectivos.

El estilo de las distintas obras elegidas es muy diferente, como corresponde a diferentes momentos en el desarrollo de la forma y de la evolución espiritual, y las más tempranas, siendo hermosísimas, tienen algo de “añejo”. Pero nos encontramos ante una excelente traducción de los textos que aquí aparecen. Y se han solventado muy acertadamente las dificultades semánticas que se derivan de los rasgos simbolistas, de la influencia de los *haikú* de la poesía mística japonesa, y de Blake, Eliot, Hopkins, Dickinson, los místicos españoles, Lorca, Cardenal y demás.

En resumen, la selección de escritos es forzosamente sintética, dado el número de páginas del libro, deliberadamente breve; pero puede considerarse muy lograda, ya que combina inteligentemente los distintos hilos de la urdimbre y de la trama del irrepetible tapiz mertoniano, y que tal vez pueda atraer la atención de muchos y llevarles a descubrir por primera vez fragmentos esenciales de las reflexiones de este gran escritor contemplativo.

Frente a *la gran alegría* que supone esta hermosísima selección de poesía y prosa de Merton, todos somos, a nuestra manera que nos es propia e irrepetible (nuestra imitación identitaria de Dios), *anawin*, humildes remanentes insignificantes y de poca importancia para los poderes del mundo, que nos reconocemos como lo que somos ante la *shekhiná*, la gloria de Dios, bajo la

forma de la obra de las personas santas, que han abundado en la plenitud de la vida espiritual.

Lo importante y lo que da pleno valor a los extractos escogidos y a la tarea del traductor es que nada se oculta, sino que se hace del todo transparente el espíritu de los textos. Lo importante es que el corazón de Merton y el del lector se acompasen, que las páginas del libro inviten a la meditación, la interpelación y el diálogo.

Es de celebrar la aparición providencial de esta preciosa antología de escritos de Thomas Merton con ocasión del 50 aniversario de su muerte, y para demostrar que su mensaje sigue cada vez más vivo y continúa teniendo mucho que decirnos, quizás más incluso que en el momento en que escribió sus textos, que con el paso del tiempo adquieren cada vez mayor dimensión profética.

Y al tratar del tema del profetismo en Merton, no hay que olvidar que muchos de sus textos, algunos aquí reflejados, tienen un profundo espíritu de denuncia y alzan la voz contra ciertas incongruencias o falsas interpretaciones de las realidades humanas.

En el texto original completo de “Todo cuanto existe es santo” aparecen, aquí no, unos párrafos muy reveladores, en los que se habla maravillosamente de la bondad del cuerpo, entendido como el “Templo de Dios”, y de la importancia de no separar los dos elementos (cuerpo y alma), cuya unión garantiza la cordura, constituyendo una realidad viva a imagen de Dios; y en los que se señala igualmente la existencia de personas

respetables y convencionalmente morales para las que el cuerpo y los sentidos corporales (entendidos como única realidad) se convierten en una fuente de falsedad y de autoengaño.

En la selección definitiva, luego de varios bosquejos previos, no aparece finalmente el bellissimo extracto de “Gandhi y la no violencia” en el que inefablemente se desarrolla el concepto crucial (tan sabiamente enfatizado por las tradiciones más profundas y más auténticas, tanto orientales como occidentales) de que la vida espiritual, la vida interior, no es una cuestión exclusivamente privada: de donde la importancia de la dialéctica entre el compromiso exterior activo y el elemento interior contemplativo tan necesarios, el uno y el otro (en una muerte de “acción siliente”, en expresión de Rowan Williams. A propósito de sus propias reflexiones sobre Thomas Merton), para toda vida, liberación, unificación y crecimiento... individuales y colectivos.

Son breves observaciones; pero las hacemos para invitar al lector a buscar en los textos seleccionados un contexto más amplio, que explica los valores que sustentaban la vida de Merton, y que nacían de su implacable deseo de autenticidad, y no de una vocación de ilusionista elegante y perfecto que da espectáculo y se ampara en un truco. Tom fue una persona íntegra e integrada, moral y éticamente consecuente; sin ánimo de ser protagonista, con deseos de desaparecer tras sus palabras (de “morir al prójimo”, como buen monje, heredero del ascetismo del desierto), pero consciente de su peso y de su responsabilidad como escritor con-

templativamente comprometido, ante la cual no podía claudicar sino, antes bien, ahondar en la tarea de crecer.

Empero, es el lector quien podrá juzgar la altura, la anchura, la profundidad y la excelencia de los textos presentados, su actualidad, la fuerza de su llamada en nuestra moderna sociedad actual, que se mueve en unas direcciones tan visiblemente diferentes.

*Francisco Rafael de Pascual,
Monje cisterciense.
Abadía de Viaceli,
Cóbreces (Cantabria)*

SEMILLAS DE CONTEMPLACIÓN

Todos y cada uno de los distintos momentos y de los distintos hechos que acontecen en la vida de todo hombre en la tierra siembran algo en su alma. Pues así como el viento acarrea miles de semillas aladas, de igual modo cada momento lleva consigo embriones de vitalidad espiritual que alcanzan a posarse imperceptiblemente en las mentes y en las voluntades de los hombres. La mayoría de estas innumerables semillas perecen y se pierden, porque los hombres no están preparados para recibirlas: pues unas semillas tales no pueden germinar en otro lugar que no sea la buena tierra y el suelo fértil de la libertad, la espontaneidad y el amor.

No es esta una idea novedosa. Mucho tiempo atrás, en la parábola del sembrador Cristo ya nos dijo que “La semilla es la palabra de Dios”. A menudo pensamos que esta afirmación se aplica exclusivamente a la palabra del Evangelio tal y como la oímos predicar oficialmente los domingos en la iglesia (¡si de verdad todavía se sigue predicando la palabra de Dios en las iglesias!). Pero toda expresión de la voluntad de Dios viene a ser en cierto sentido “palabra” de Dios y por tanto “semilla” de vida nueva. La realidad constantemente cambiante en

la que vivimos debiera despertarnos a la posibilidad de un diálogo ininterrumpido con Dios. No me refiero con ello a una “cháchara” continuada, ni a una modalidad frívolamente coloquial de oración afectiva que en ocasiones se cultiva y se promueve en los conventos, cuanto a un diálogo de amor y de verdadera elección. Un diálogo de voluntades profundas.

En todas las situaciones de la vida, la “voluntad de Dios” viene a nosotros ya no meramente como el dictado externo de una ley impersonal sino antes bien, por sobre todo, como una invitación interior a un amor personal. Con demasiada frecuencia, el concepto convencional de la “voluntad de Dios” entendida a la manera de una fuerza inescrutable y arbitraria cerniéndose sobre nosotros con una hostilidad implacable, lleva a los hombres a perder la fe en un Dios al que sienten que no pueden amar. Semejante concepción de la voluntad divina conduce a la debilidad humana en dirección hacia la desesperación, y cabe preguntarse si a menudo ello no será en sí mismo la expresión de una desesperación demasiado intolerable como para prestarse a considerarla conscientemente. Tales “dictados” arbitrarios procedentes de un Padre dominante e insensible suelen ser más semillas de odio que de amor. Si este es nuestro concepto de la voluntad de Dios, no podremos salir a la búsqueda del misterio oscuro e íntimo del encuentro que acontece en la contemplación. Únicamente desearemos huir lo más lejos posible de Él y ocultarnos por siempre de Su Rostro. ¡Tanto es lo que depende de la idea que tenemos de Dios! Pero

ninguna idea acerca de Él, por muy pura y perfecta que pueda ser, resultará adecuada para expresarle como verdaderamente es. Nuestra idea de Dios seguirá diciendo más de nosotros mismos que de Él.

Tenemos que aprender a tomar conciencia de que el amor de Dios nos busca en toda situación, y de que busca nuestro bien. Su amor inescrutable anhela nuestro despertar. Ciertamente, dado que este despertar implica de algún modo morir a nuestro yo exterior, temeremos Su llegada en la medida en que nos identifiquemos con este yo puramente externo y nos aferremos a él. Pero una vez que comprendamos la dialéctica de la vida y de la muerte, aprenderemos a correr los riesgos que la fe implica, a tomar las decisiones que nos liberan de nuestra identidad rutinaria y nos abren la puerta en dirección a un ser nuevo, y a una realidad nueva, más real y más hermosa.

La mente presa de las ideas convencionales y la voluntad cautiva de su propio deseo no pueden aceptar las semillas de una verdad poco familiar y de un deseo sobrenatural. Pues, ¿cómo puedo recibir las semillas de la libertad, si estoy enamorado de la esclavitud?, ¿y cómo podría apreciar el deseo de Dios, si estoy lleno de un deseo diferente y opuesto? Dios no puede sembrar Su libertad en mí, porque estoy prisionero y ni tan siquiera deseo ser libre. Adoro mi cautividad, me encierro en el deseo de las cosas que en realidad desprecio, y he insensibilizado mi corazón para protegerme del verdadero amor. Debo aprender, por tanto, a desapegarme de lo que me es familiar y habitual, y aceptar lo que me

es nuevo y desconocido. Debo aprender a “dejar atrás mi yo” con objeto de encontrarme sin virtud de abandonarme al amor de Dios. Si verdaderamente fuera en busca de Dios, todo hecho y todo momento de mi existencia sembrarían en mi voluntad granos de Su vida, que brotarían en su día dando una espléndida cosecha.

Pues es el amor de Dios el que me calienta bajo el sol, y es el amor de Dios el que envía la lluvia fresca. Es el amor de Dios el que me alimenta bajo la forma del pan que como, y es Dios quien me alimenta también mediante el hambre y el ayuno. Es el amor de Dios el que envía los días de invierno cuando tengo frío y estoy enfermo, y el cálido verano cuando me afito y mi ropa está empapada de sudor: pero también es Dios quien infunde su aliento sobre mí con los vientos suaves del río y en las brisas procedentes del bosque. Su amor extiende sobre mi cabeza la sombra del sicomoro y envía al aguador por el lindero del campo de trigo con un cubo extraído de la fuente, mientras los labradores descansan y las mulas se solazan bajo el árbol.

Es el amor de Dios el que me habla bajo la forma de los pájaros y los arroyos; pero también tras el clamor de la ciudad me habla bajo la forma de Sus juicios, y todas estas cosas son semillas llegadas a mí procedentes de Su voluntad.

Si estas semillas arraigasen en mi libertad y si la voluntad de Dios creciese en ella, me convertiría en el amor que es Él, y mi cosecha no sería otra que Su gloria y mi propia dicha.